

«Antonio Velásquez», pintor primitivista de América

Por Manuel Mauricio Martínez

¿Quién no ha tenido el placer de contemplar un cuadro pintado por Antonio Velásquez? El que no los ha visto, se ha perdido la oportunidad de apreciar la sencillez, el colorido y los detalles de un olvidado pueblito minero enclavado en una montaña hondureña, donde el tiempo da la impresión se ha detenido y lo único que se ve que cambia es la brisa fresca con aroma a pino, que sopla desde las montañas de coníferas que lo rodean.

Para mí, los cuadros del famoso Velásquez se revisten de un valor muy especial, pues a fines de la década de los 40 recuerdo al maestro: bajar de la montaña montando un caballito cerrero color tordillo y vistiendo un pantalón bombacho, camisa blanca, cincho ancho y un casco tipo hongo, similar al que usaban los oficiales del ejército y los ingenieros de la época.

Diariamente recorría los 6.5 kilómetros hondureños, que distan entre San Antonio de Oriente y la Escuela de Agricultura de El Zamorano, en donde prestaba servicio de peluquero por un mínimo pago de veinticinco centavos de lempira por corte. Los estudiantes de dicha Escuela llegábamos a la peluquería a las 4:00 p.m. y siempre encontrábamos al maestro pintando cuadros, unas veces en madera de pino, otras en pequeñas telas y a veces en cartón. Inmediatamente que entrábamos a la peluquería recibíamos la pregunta siguiente: ¿Francesita oscura o clara? Oscura maestro, le respondíamos. Aunque de antemano sabíamos que daba igual. El caballito cerrero amarrado de una palmera de coyol saboreaba el pasto verde del valle, que en el cerro no crecía.

Mientras esperábamos que afeitaran a otros compañeros, nos recreábamos admirando las pinturas, en donde nunca faltaba una iglesia, los tejados de las casas, señoras del pueblo platicando a media calle, el señor cura y un perro aguacatero cola enrollada, en la altura pinares y un cielo azul característico de las montañas; pero lo admirable es que siempre pintaba el pueblito, así como era de sencillo y pobre y con esto se convirtió en el primer pintor primitivista de América. Todo lo contrario de otros pintores, que sólo pintan paisajes foráneos, que poca trascendencia tienen como aporte a su propia cultura.

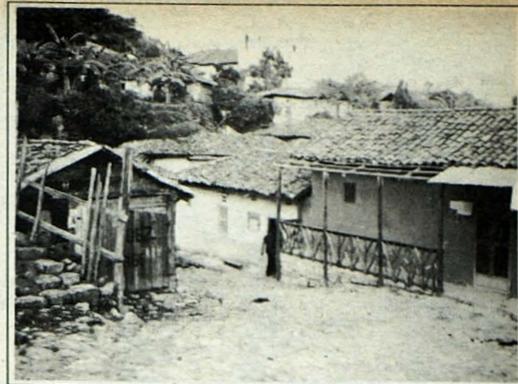
El pasado 10 de diciembre, acompañado de mis amigos Salvador Castellanos, Alfredo Cardoza y mi hijo Manuel Mauricio, asistimos a la graduación de El Zamorano. Después de los actos protocolarios y durante un almuerzo ofrecido a invitados especiales, pudimos ver en la casa museo Wilson Popenoe, algunos cuadros de Velásquez, pinturas tan inconfundibles especialmente para mi persona, que ha visto tantas y poseo una que exhibo orgullosamente en la sala de mi casa.

De repente dije a mis compañeros de viaje: Vamos a San Antonio de

Oriente. Los vi que se miraron y luego me dijeron: Vaya pueros. Preguntamos a unos campesinos sobre la distancia, el estado de la calle y sólo recibíamos como respuesta miradas a nuestro automóvil, un Toyota Starlet, que habíamos rentado en Tegucigalpa. Como respuesta verbal nos dijeron: Sigán, tal vez suben. A las 5:00 p.m. empezamos a subir. Calle polvosa de tierra blanca, en algunos lugares con balastro, cuevas con más de 10% de inclinación, barrancos profundos a ambos lados del camino. Cada minuto de ascenso recibíamos como obsequio una brisa más fresca con el característico olor balsámico de los pinares. Allí están las cúpulas, di-

bildo, que tiene una gran campana para llamar a la gente a reuniones. En el pueblo estimo que no cabe una casa más, a menos que la pongan en el aire. Las casas son pequeñas y oscuras por dentro y no podíamos ver a nadie, pero sí éramos mirados, especialmente porque vestíamos traje completo y corbata. Las calles son empedradas y tortuosas y en el pueblo tienen 8 años de no tener luz eléctrica y sólo viven 130 personas. Una señora que con una rama arriaba un cerdo hacia el chiquero, no nos dio tiempo de saludarla y hacerle preguntas.

De pronto, dos angelitos se hicieron presentes: Ana y Damián, los cuales eran dos niños de aproxi-



Calles tortuosas, empedradas y empinadas. Pequeñas casas con portal y techos de teja fueron la inspiración de Antonio Velásquez.



Vista del pueblito de San Antonio de Oriente, que tantas veces pintó el maestro Antonio Velásquez.

jo mi amigo Salvador, que hacía las veces de copiloto. Paramos, sacamos nuestras cámaras y empezamos a captar cada detalle del camino y del pueblo. Llegamos y estacionamos el carro frente al Ca-

madamente 9 y 7 años, que sin ningún complejo nos sirvieron de guías voluntarios. Pasamos por donde había un «pick-up» chocado y los niños nos contaron que el alcalde por ir peleando con la

señora se fue en un barranco. Llegamos a la iglesia, que tantas veces pintó Velásquez. Fue construida en 1895, cuando de las minas aún sacaban oro y plata; la fotografiamos de todos los ángulos, para comparar con las pinturas. Pasamos por una pulpería y entramos a tomar frescos (gascosas); un hombre con sobrero de fieltro nos atendió. Le preguntamos si conocía a Antonio Velásquez y nos dijo que sí. ¿Le han levantado un obelisco o un busto?, le pregunté y sólo dijo: Qué...

En cinco minutos, estimo que todo el pueblo sabía qué andábamos haciendo, pues ya sorprendíamos cabezas espiando por las ventanas que al verlas luego se introducían.

Buscamos las partes más altas para tomar fotografías, pues tratábamos de captar fotos de los lugares donde Velásquez pintó. Para esto, nos introducíamos en patios sin pedir permiso, pues no veíamos a los dueños.

Cuando nos despedíamos de Ana y Damián y les obsequiábamos algunas monedas; como a dos metros, vi que una cabeza de mujer apareció por una ventana cercana, con un viraje rápido la sorprendí

sin darle tiempo a esconderse le pregunté: ¿Conoció a don Antonio Velásquez? Sí, me respondió y se soltó a contarnos dónde vivió, que era telegrafista del pueblo y que los hijos emigraron a la capital, donde pintan cuadros en serie, similares a los del papá. Nos mostró dos castitas bien pintadas y bonitas que pertenecen a la familia del pintor. Nos dijo que ella guarda las llaves de la iglesia y si descéabamos ver los cuadros nos la podía abrir, lo cual agradecemos. Nos despedimos y empezamos a descender al anochecer, manejando con mucho cuidado, para evitar un accidente y comentando: que este pequeño pueblito de sólo 130 habitantes, en donde la gente emigra por falta de fuentes de trabajo, donde el tiempo se ha parado desde hace 40 años cuando lo conocí, si no hubiese sido por el pincel de don Antonio Velásquez, que lo ha hecho recorrer el mundo a través de sus pinturas, estaría tan desconocido y olvidado como los pueblos vecinos: Tumbula, Guinope y otros tantos que existen, pero nadie se toma el trabajo de visitarlos. Tegucigalpa, 11 de diciembre de 1988.

FILOSOFIA ARTE Y LETRAS

EL DIARIO DE HOY, Sábado 24 de Junio de 1989 8

Latinoamérica en el Espacio

Por Ricardo Lindo

Galería Espacio presenta una muestra de pintura latinoamericana. Pocas veces los salvadoreños tenemos ocasión de ver una muestra de lo que se hace en otras latitudes de América, una geografía del imaginario de nuestras tierras. La exposición de Espacio abarca desde el Chile de Nemecio Antúnez, hasta el México de José Luis Cuevas; desde las cosmopolitas ciudades del gran Sur hasta los leves pueblos antillanos de Jean Gilles, que permanecen detenidos en un tiempo lejano.

Un diverso sueño habita esta vasta geografía; un realismo diverso y un imaginario diverso.

De la abstracción a la reproducción casi fotográfica de lo diverso, de lo divertido a lo grave, del realismo mágico de Endara Crow, próximo a una literatura que nos ha dado papeles de identidad ante el mundo, a la abstracción matemática de Mac Entyre, que corresponde al día de los cohetes que surcan la estratósfera.

Pero vamos más lejos. Con un aliento que viene de las nevadas piedras de Machu Pichu, con un color que viene de los antiguos tejidos incas con que fueron envueltas, una vez, las momias, Fernando de Szyszlo pinta fuertes y armoniosas composiciones.

Con manchas bajo las cuales se adivinan formas de peces, Obregón evoca las profundidades marinas. Paisajistas de los cielos y de las aguas, Antonio Barrera pinta con ligeras pinceladas un río inmenso. Colorista de trazo fuerte, Amaral traza frutas y mujeres.

Ricardo Martínez muestra grandes mujeres hieráticas, formas elementales y sólidas golpeadas por una luz de cinabro. Edgar Sánchez nos muestra una cabeza de un expresionismo melancólico, y algo lo acerca a los hermosos dibujos con que Cuevas describe el ambiente apagado y un tanto sórdido de un café vienés.

Pero, más allá de las manchas de Obregón o las curvas de Heiden, la abstracción puede ser, a su modo, realista, pues figura geométrica de Omar Rayo está tan perfectamente sombreada, da una tan nitida idea del volumen, como podría haberlo hecho un artista clásico.

Centroamérica está representada por Alejandro Aróstegui, Elmar Rojas, y desde luego por los nuestros: Raúl Elías Reyes, Julia Díaz, San Avilés. Aróstegui nos muestra sus sobrios bodegones, hechos casi de luz, donde sobre una mesa sencilla reposa una lata, como un totem doméstico.

Rojas nos remite a un universo hecho de magia y gracia, la fiesta de un pueblo fantástico en una luz de penumbra.

Triste y apaciguada, Julia Díaz expone una maternidad en una hamaca. Explorando nuevos rumbos, Raúl presenta formas que se entrecruzan, como cristales de una arquitectura del futuro.

Clásico por su factura, surrealista por su inspiración, San Avilés pinta un hombre que se cubre la cara con las manos cerrando una granada, es San Juan que contempla su cabeza.